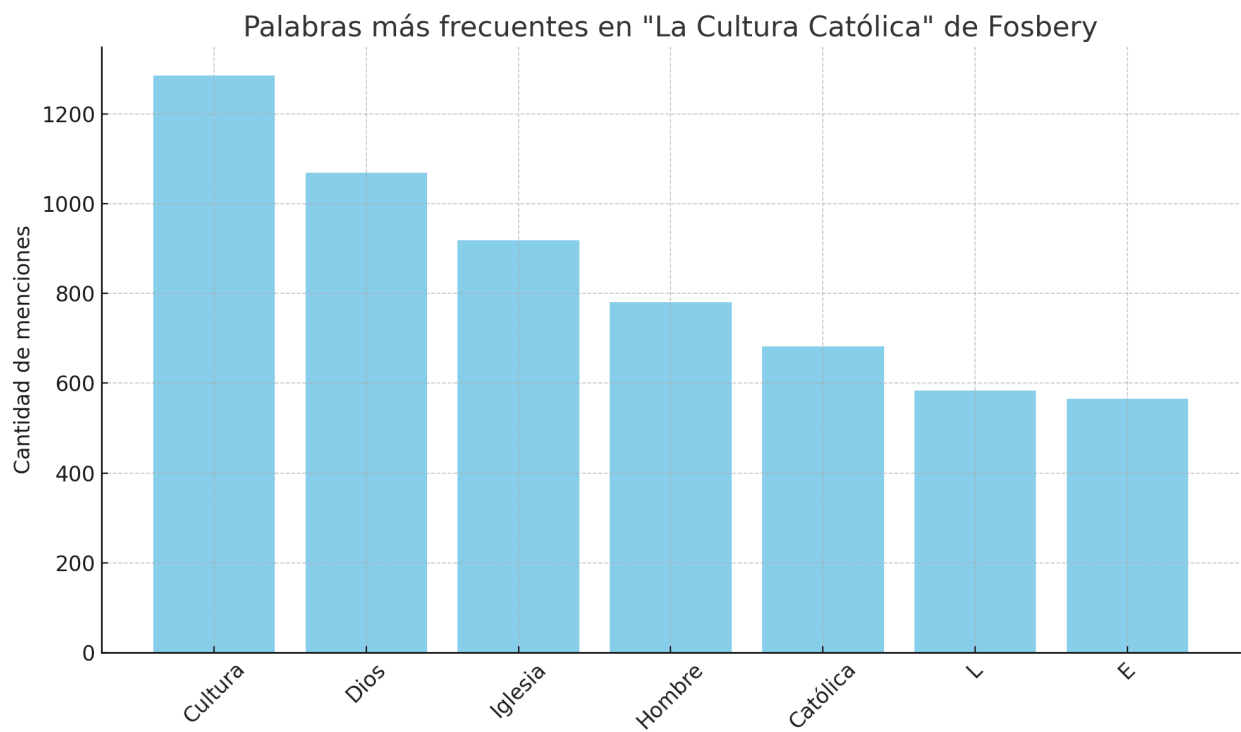


LA CULTURA CATÓLICA Y LA ESPERANZA
Selección de textos de la Cultura Católica de Fr. Aníbal Fosbery O.P.



10 palabras conceptuales más mencionadas en La Cultura Católica del P. Fosbery:

1. cultura – 1285 veces
2. Dios – 1069 veces
3. Iglesia – 918 veces
4. hombre – 781 veces
5. católica – 682 veces
6. naturaleza – 531 veces
7. fe – 504 veces

La palabra **"esperanza"** aparece **39 veces** en *La Cultura Católica* del P. Aníbal Fosbery. El verbo **"esperar"**, tanto en infinitivo como en sus formas conjugadas, aparece en total 13 veces. La palabra **"esperanzador-esperanzadora"** aparece 11 veces.

Selección de textos sobre "Cultura católica y esperanza"

Nota aclaratoria: todos los fragmentos han sido extraídos del libro "La Cultura Católica" Edición digital de la UFASTA del año 2011. Los resaltados en negrita son míos.

"Es por tanto muy importante, y casi necesario, para realizar el compromiso de Evangelización en el umbral del tercer milenio, desarrollar los presupuestos fundantes de la Cultura Católica, y la relación de la Cultura Católica con la modernidad. Romano Guardiní decía: "La mayor posibilidad de verdad se encuentra precisamente donde está la mayor posibilidad de amor". La historia de la Cultura Católica es fuente abundante de experiencias y compromisos en favor del Amor y la Verdad. El acervo de la Iglesia es siempre un faro de referencia en el apasionante y vertiginoso mundo de las novedades, donde se encarna la cultura católica. No sin razón **hoy por hoy el acercamiento a la misma es un desafío y una aventura, es una urgencia y una esperanza**. Fr. Dr. Aníbal E. Fosbery O. P. ha puesto, en la mira de su quehacer, la incursión en este campo con la propuesta de su obra: La Cultura Católica."

Del prólogo del Cardenal Poupard (página 5).

"Como atalayas de la verdad, en el presente trabajo aparecen precisos y oportunos, hombres de ciencia y santidad como los Santos Padres y los doctores de la Iglesia, incluyendo la pródiga y plural riqueza de filósofos y teólogos católicos, **todos ellos imbuidos y radiantes de esperanza cristiana**. Con el magisterio ordinario de los Sumos Pontífices y de los Concilios, especial atención merece el Concilio Vaticano II y el estupendo y rico magisterio

del Papa Juan Pablo II. Esta obra es un intento por mostrar cómo se fue histórica y doctrinalmente configurando la Cultura Católica.”
Del prólogo del Cardenal Poupard (página 6-7).

“No es simple casualidad que el autor afirme en sus primeras páginas, al tratar de la conformación de las primeras comunidades cristianas: “El punto de partida de la cultura católica será, necesariamente, la fe”. Se trata en efecto de una aseveración teologal y teológica a un mismo tiempo. Tampoco es casual que en los acordes finales del libro resuene en todo su esplendor el rostro expectante de la conciencia eschatológica, invitando a **centrar la existencia cristiana en la esperanza teologal**. Por eso, y frente a toda tentación historicista de huir hacia el futuro utópico o hacia el pasado estético, es necesario “implantar el misterio de Dios en la ciudad secular”.
Del estudio preliminar del Profesor Rodolfo Mendoza (página 12)

“...el autor nos advierte que, si no queremos reemplazar la virtud teologal de la esperanza con la máscara de la ilusión del progreso, debemos tener en claro “que no hay cultura católica en Occidente”. “Europa es un gran museo cultural sin cultura católica”. Y como quien contraría a quienes se obstinan en apostar a “proyectos”, “planes culturales”, donde no faltan intelectuales católicos de renombre, **el Padre Fosbery, con sereno y robusto realismo afirma: “la cultura no se planifica: aparece”**.
Del estudio preliminar del Profesor Rodolfo Mendoza (página 35)

“El hombre pagano no encontraba el modo de escapar a la asfixia implacable de la naturaleza. Estaba sumergido en las necesidades cósmicas a modo de fatalismo o era absorbido por las energías superiores del mito o las teofanías. En todo caso, no podía alcanzar una distancia adecuada que lo sustrajera a las implacables leyes del cosmos sin dejar, por eso, de ser naturaleza. ¿Dónde estaba ese plus de existencia que él reclamaba, movido por los apetitos de su propia realidad? “Hijo mío, Zeus tiene en su mano el fin de todas las cosas y las dispone como quiere. El hombre no tiene conocimiento alguno de ello. Criaturas de un día, vivimos como los animales en el prado, ignorantes de la manera que la divinidad usará para conducir cada cosa a su fin. **Vivimos todos de la esperanza y de la ilusión; pero sus designios son inaccesibles. La vejez, la enfermedad, la muerte en el campo de batalla o en las olas del mar, alcanzan a los hombres antes de que hayan logrado su fin**. Otros acaban sus vidas por el suicidio”¹.
Del capítulo 3 “El entorno cultural pagano” (página 75)

“El hombre antiguo, encerrado por el cosmos, asfixiado en la desesperanza, alejado de su origen y del principio de su semejanza, sólo podía aguardar en ausencia y nostalgia. Ése era su drama. Esperaba sin saber. Vislumbraba sin alcanzar. Por eso necesitó de un poeta que, sin profetizar, de alguna manera profetizara. Se llamaba Publio Virgilio Marón. Fue el profeta secular de la antigüedad. Anunció sin ver. Aguardó sin esperar. Virgilio percibió el dolor de las cosas. Esa incontenible frustración del cosmos al no poder alcanzar el esplendor de su gloria: “Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt”². San Pablo lo expresaría después desde la Revelación: Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la Revelación de los hijos de Dios (Rom., 8, 12-14). Estos sufrimientos del tiempo presente son los que hacen, al decir del poeta, que las cosas tengan lágrimas... (...) El poeta logra quebrar los caminos de la congoja por las lágrimas. Pero no tiene esperanza, y no puede decir más. Pero aún así se abre al misterio. Se coloca en el dintel de la Revelación. El verso perfecto de Virgilio resuena, unos pocos años más tarde, en el clamor de Pablo a los romanos: “Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo” (Rom. 8, 22-23). Del poema lírico hemos pasado a la contemplación teológica por los caminos abiertos de la esperanza. Con Virgilio termina la antigüedad y el mundo se abre a la nueva cultura de la Revelación”
Del capítulo 3 “El entorno cultural pagano” (página 83-84)

¹ Semónides de Amorgos, citado por Jaeger, W., Paideia. Los ideales de la cultura griega, Fondo de Cultura Económica, México 1946, T. I, p.146.

² Virgilio, P. M., La Eneida, L. I, 462.

“...ahora hace el paso definitivo al anuncio de la salvación, porque es ese Dios providente el que, “pasando la mirada por encima de los tiempos de ignorancia” en los que ellos mismos se encuentran, ahora pretende que ellos, que lo están escuchando, y que “son del linaje de Dios”, se conviertan. La historia del hombre no es ya un eterno retorno signado por un fatalismo cósmico sin esperanza. La historia del hombre tiene ahora un fin: es el juicio que Dios hará al mundo por Jesucristo, el hombre que Dios ha destinado para esta misión salvífica y que atestigua su poder al resucitarlo de entre los muertos. El discurso terminó. Los oyentes estaban desconcertados. Ya habían confundidos cuando Pablo les habló de la invitación de Dios a que se conviertan, pero luego, cuando habló de la resurrección de los muertos, el impacto fue total. Ésta era una charlatanería insufrible. Se mofaron de él y otros, con ironía, se limitaron a decirle: “Te oiremos acerca de esto, otra vez” (Hechos 17, 32).”
Del capítulo 4 “El dato de la Revelación como principio de inculturación” (página 102)

“Detrás de este intento quedaba inaugurado un método para evangelizar, a partir de un proceso de adaptación o inculturación. El “dato” de la Revelación se encuentra con “los datos” de la naturaleza y de la realidad social. A medida que “el dato” y “los datos” comiencen a “interactuar” será posible generar una cultura. Pero no hay que pensar que este intento de Pablo supone ningún tipo de concesión a aquellas cosas de la cultura pagana que él no puede tolerar. No deja de denunciar la inmoralidad vigente y las supersticiones e idolatrías. **Las religiones paganas son rechazadas en bloque, porque no ofrecen ninguna esperanza de salvación**; así se lo dice a los efesios: “Os digo, pues, esto y os conjuro en el Señor, que no viváis ya como viven los gentiles, según la vaciedad de su mente, sumergido su pensamiento en las tinieblas y excluidos de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, por la dureza de su cabeza, los cuales, habiendo perdido el sentido moral, se entregaron al libertinaje, hasta practicar con desenfreno toda suerte de impurezas” (Ef. 4,17-19). A los corintios les dice: “Huid de las idolatrías” (I Cor. 10, 14).”
Del capítulo 4 “El dato de la Revelación como principio de inculturación” (página 103)

“Las cosas, desde esta metafísica agustiniana, pueden alcanzar su espiritualización y transfiguración. La gracia supone y perfecciona la naturaleza, dirá después Santo Tomás, interpretando el sentir paulino: “La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Rom. 8, 20-21). Así expresa San Agustín su lectura metafísica del orden natural: “Nosotros los cristianos católicos adoramos a Dios, de quien proceden todos los bienes, grandes y pequeños; de Él procede todo modo, sea grande o pequeño; de Él toda forma o especie, sea grande o pequeña; de Él, todo orden, sea pequeño o grande. Porque todas las cosas, tanto mayor bien encierran cuanto son más moderadas, hermosas y ordenadas; y cuanto menos moderadas, hermosas y ordenadas son, tanto menos bienes tienen. Las tres cosas, pues: el modo, la forma, y el orden –y no menciono otros innumerables bienes porque se reducen a éstos–, estas tres cosas digo, conviene a saber: el modo, la forma y el orden, como bienes generales, se hallan en todas cosas hechas por Dios, lo mismo en las espirituales como en las corporales. Dios está sobre todo modo, toda forma y todo orden, y no está encima sobre espacios locales, sino con una inefable potencia, porque de Él procede todo modo, toda forma y todo orden. Donde estas cosas están derramadas con largueza, hay allí grandes bienes; donde escasean, son también menguados los bienes; donde faltan no hay bien alguno. Asimismo, donde relucen estas cosas, allí hay grandes naturalezas; donde están regateadas, son pobres también de naturalezas, y donde no existen, tampoco hay naturaleza alguna”³.”

Del capítulo 8 “La antiquitas christiana y su expresión en el pensamiento agustiniano” (página 171)

“San Simplicio (papa en el período 468-483) define la inmutabilidad de la doctrina cristiana; en la carta Cuperen quidem, del 9 de enero del 476 (cfr. Dz. 160): (5) Lo que, sincero y claro manó de la fuente purísima de las Escrituras, no podrá resolverse por argumento alguno de astucia nebulosa. Porque persiste en sus sucesores ésta y la misma norma de la doctrina apostólica, la del Apóstol a quien el Señor encomendó el cuidado de todo su rebaño (Jn. 21, 15 ss.), a quien le prometió que no le faltaría Él en modo alguno hasta el fin del mundo [Mt. 28, 20] y que contra él no prevalecerán las puertas del infierno, y a quien le atestiguó que cuando por sentencia suya fuera atado en la tierra, no puede ser desatado ni en los cielos [Mt. 16, 18 ss.] (6) (...) Cualquiera que, como dice el Apóstol, intente sembrar otra cosa fuera

³ De Civit Dei, L. XII, c. 5, PL 41, 352.

de lo que hemos recibido, sea anatema [Gal. 1, 8 s]. No se abra entrada alguna por donde se introduzcan furtivamente en vuestros oídos perniciosas ideas, no se conceda esperanza alguna de volver a tratar nada de las antiguas constituciones; porque –y es cosa que hay que repetir muchas veces– lo que por las manos apostólicas, con asentimiento de la Iglesia universal, mereció ser cortado a filo de la hoz evangélica, no puede cobrar vigor para renacer, ni puede volver a ser sarmiento feraz de la viña del Señor lo que consta haber sido destinado al fuego eterno. Así, en fin, las maquinaciones de las herejías todas, derrotadas por los decretos de la Iglesia, nunca puede permitirse que renueven los combates de una impugnación ya liquidada.”

Del capítulo 9 “La antiquitas christiana y su desarrollo histórico-doctrinal” (página 194-195)

“Poco tiempo después del Concilio (de Constantinopla), la herejía arriana parecía extirpada, pero no fue así. En los comienzos del siglo V, el Imperio tenía a su servicio, en el ejército, a los hombres de los pueblos bárbaros. Son estos soldados los que comienzan a convertirse al arrianismo. La situación de sus vidas en los cuarteles facilitó este hecho; poco entendían ellos de teologías. Era fácil conciliar los deberes castrenses, la obediencia, el rigor de las disciplinas y hasta ese cierto fatalismo de predestinación que asumían sus vidas empeñadas cotidianamente frente a la muerte. Sin un Hombre-Dios era imposible rescatar dignidad para el hombre. En el fragor de las guerras, privados de todo goce ciudadano, lógico es pensar que, para ellos, la austeridad, la rigidez disciplinaria, la inflexibilidad de las consignas, fueran las únicas virtudes. **El espíritu de este puritanismo arriano, fatalista y sin esperanza, pasará luego, de la mano de la predestinación, al calvinismo.** Arrio había hundido la cultura católica. Con Cristo sólo hombre no hay catolicismo posible. Se quebraba no sólo la posibilidad de una cultura común, sino la unidad extra temporal y particular de la Cristiandad.”

Del capítulo 10 “Los protagonistas de la inculturación en los umbrales de la Cristiandad medieval” (página 202)

“No es la Revelación de Dios la que debe acomodarse a las culturas, sino que los pueblos deben acomodar sus costumbres a la Revelación. Ésta es precisamente la historia misionera de la Iglesia. Éste es el verdadero desafío que debe enfrentar todo proceso de inculturación, tal como lo entendió siempre la doctrina pontificia. La Iglesia, enseñan los Papas, no está ligada a ninguna cultura, y todo lo que ella encuentre de bueno y provechoso en las culturas no cristianas debe ser tenido en cuenta con benevolencia, protegido y promovido, en tanto y en cuanto no esté indisolublemente ligado a errores religiosos. Pero esto no quiere decir que la Iglesia no haya elaborado su propia cultura. Ella, necesariamente, al insertar el mensaje evangélico y los contenidos del Reino en el corazón del hombre, ya lo está haciendo sujeto y objeto de cultura. **De allí resultará la cultura católica, con sus notas propias de universalidad y trascendencia; de allí el lenguaje que irá acuñando para expresar su misterio; de allí los comportamientos individuales y sociales para encarnar el Evangelio; de allí su liturgia, su moral, su dogma; de allí la formulación doctrinal desde la que edificará, en medio de los hombres, el adelanto del Reino; de allí la inquebrantable esperanza eschatológica del fin de los tiempos.**”

Del capítulo 11 “Santo Tomás de Aquino y su formulación doctrinal de la cultura católica” (página 253-254)

“El mundo, entendido como la totalidad de lo creado por Dios, tendrá que ser transformado a imagen de Cristo. Deberá participar de la santidad del Verbo, de su consagración cultual, y dar, de esta manera, adoración y alabanza al Creador. Así el cristiano prepara el hecho más sorprendente de la fe: la glorificación final de toda la creación en Cristo: “Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la Revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre, de la corrupción, para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no solo ella; también nosotros que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es objeto de esperanza (Rom. 8, 18-23). Esa esperanza del Apóstol se ve cumplida en el Cristo, el cual, “a fin de que no viviéramos más para nosotros mismos sino para él, que por nosotros murió y resucitó, desde ti Padre, envió el Espíritu Santo como primicia para los creyentes, a fin de santificar todas las cosas, perfeccionando su obra en el mundo”⁴.”

Del capítulo 12 “Las notas peculiares de la Cultura Católica” (página 272)

⁴ Plegaria Eucarística IV, canon.

“Es el Dios que obra; el que está al principio; el que salva dentro del mundo y de la historia. El católico culto percibe, en este obrar de Dios, una iniciativa nueva, libre, gratuita, por medio de la cual se integra la naturaleza con la gracia. Él, sin embargo, no está contenido en el mundo ni en la naturaleza. Él es gracia. Su presencia y su accionar, voluntario y libre, se reconoce en las irrupciones inesperadas y originales con que se hace presente en la historia. Es el Dios providente que establece un diálogo histórico con el hombre, a quien ha creado también como persona. El hombre puede responder usando su libertad. Puede endurecer su corazón, puede resistir al Espíritu de Dios, puede o no obedecer su voluntad, contradecirlo, cerrar las puertas de su corazón cuando Él lo llama, oponer su voluntad al plan de Dios. **El católico culto conoce los atributos de Dios** porque Dios le ha mostrado su rostro, su semblante. Es el Dios clemente, misericordioso, amable, amante, **Dios de toda gracia, Dios de la esperanza (Rom. 15, 13)**, Dios de la paz, de todo consuelo, Dios del amor, el Salvador, el que desea la salvación de todos los hombres.”

Del capítulo 13 “El hombre, sujeto y objeto de la cultura católica” (página 291)

“La comprensión del misterio de Dios señala el primer estadio de **realización del católico culto**. El cual sitúa su vida en ese misterio insondable y, por la inteligencia de la fe y por la experiencia del misterio, **perfecciona los hábitos teologales –fe, esperanza, caridad–, de modo que todo su operar, ad intra y ad extra, está iluminado, guiado y realizado por el conocimiento del misterio de Dios**. Dios, en el católico culto, es el que tiene que ser, conforme Él mismo lo ha revelado. El cristiano transita por estas invisibilia Dei, estas realidades invisibles del misterio de Dios. ¿Cómo las alcanza? ¿Cómo las percibe? ¿Cómo las penetra? ¿Cómo las expresa? Frente al misterio, el hombre tensiona todas las fuerzas de su espíritu para conocerlo de un modo total y perfecto. Sabe, de todos modos, que no lo alcanzará. Queda, entonces, en tensión itinerante. **Camina hacia una comprensión abarcativa, desde una certeza inamovible, intentando conocer lo cognoscible del misterio**. Frente a la develación de las realidades invisibles, de la gloria, de la transfiguración eschatológica, no alcanza el conocimiento. Hay que ir más allá. Hay que llegar a la comprensión. Y a la comprensión se llega por vía del conocimiento simbólico, por medio del cual intentará alcanzar el fondo misterioso de las cosas, tal como se presentan. Es como si, desde el núcleo misterioso de la Revelación, comenzara a irradiar, a través del conocimiento simbólico, círculos concéntricos abarcadores de la realidad, desde el misterio.”

Del capítulo 13 “El hombre, sujeto y objeto de la cultura católica” (página 292-293)

“El cristiano, incorporado ontológicamente al Cuerpo Místico de Cristo, por el bautismo, podrá operar sobre él mismo y sobre la naturaleza. Los efectos de este operar irán generando su propio espacio cultural. Será, de esta manera, sujeto y objeto de cultura. En todos los casos, en este operar tendrá que estar siempre presente su espíritu y su libertad. A medida que, en el ejercicio de su operar, esta presencia ontológica de lo divino se haga también presencia psicológica, actualizada por los actos de fe, de esperanza, de caridad, y, en fin, según sean los hechos y las circunstancias, por el ejercicio consciente de la vida virtuosa, ese culto espiritual reclamado por el Apóstol se hará subjetivamente presente en la conciencia. Estaremos frente a una unión de lo humano y de lo divino pero con todas las características también de lo personal. El cristiano podrá operar desde este núcleo cultural-sacral, como persona, es decir, proyectando sobre su obra toda la fuerza de su espíritu y la riqueza de su libertad. Recién está en condiciones de producir un acto culto, es decir, libre, espiritual y trascendente.”

Del capítulo 13 “El hombre, sujeto y objeto de la cultura católica” (página 301)

“Frente a este mundo (del mal y las tinieblas) el cristiano no puede negociar. No hay acomodación posible con el mal. Tampoco cabe la indiferencia o la inercia. Debe estar dispuesto a combatir y a actuar. Pero para que esto sea posible debe actuar en su interioridad. Una profunda y renovada transformación de su “mens”, es decir, del núcleo más íntimo y entrañable de su subjetividad, le permitirá discernir en la dirección del querer y el obrar de Dios. Las fases de este quehacer pasan, entonces, por:

1. El acto de ofrecimiento a Dios de la propia existencia, como víctima viva, santa y agradable a Dios; éste es un acto cultural, interior y espiritual. En este acto está comprometida la totalidad de la vida humana, inteligencia, voluntad, sentidos, sentimientos. El punto de partida para hacer posible este acto es la infusión en la inteligencia del hábito sobrenatural de la fe a través del bautismo. El carácter sacramental hace posible el acto cultural de donación.
2. La percepción, por vía de la gracia, del sentido del pecado y la certidumbre de ser pecadores. Este hecho motiva la búsqueda del perdón, el deseo del bien y la penitencia, el sentimiento y convicción de ser hijo de Dios, el sosiego interior y la firme seguridad de querer

actuar como hijo de Dios. Éste es el punto de partida de la voluntad para impulsar la conversión a Dios y la transformación interior, por el amor de caridad.

3. La conciencia recta para percibir el mundo como lugar de iniquidad y el propósito firme de no acomodar la vida a esa realidad. El punto de partida para hacer posible este acto de prudencia, donde a su modo intervienen la inteligencia y la voluntad, es la recta intención, sostenida por la esperanza teologal.

4. El discernimiento interior que nos permite distinguir cuál es la voluntad de Dios respecto de lo bueno, es decir, aquello que la conciencia hace presente cada vez que nos reclama una razón de bien; lo agradable, no ciertamente a nosotros sino a Dios, conforme a su plan de salvación; y lo perfecto, que es aquello que permite llevar la realidad de las cosas a su acabamiento y realización final, conforme el sentir del Creador.”

Del capítulo 13 “El hombre, sujeto y objeto de la cultura católica” (páginas 302-303)

“El diabólico maniqueísmo contemporáneo de “izquierda versus derecha” permite avanzar por los caminos de la negatividad y la destrucción hacia el cambio permanente, donde reside la utopía esperanzadora del mañana. El secularismo, con su metafísica del devenir, gesta la sociedad laica: “Aceptando el principio de inmanencia en el conocimiento y en la filosofía era inevitable que fuera aplicado a la Revelación cristiana (inmanentismo teológico-religioso) que desde Marsilio de Padua hasta el iluminismo y desde éste a los movimientos políticos de masas de hoy se caracteriza por la afirmación de su autosuficiencia. Como pasa en el iluminismo el vaciamiento de la teología y de la metafísica supone, por un lado, la reducción del conocimiento válido al de las ciencias empíricas y matemáticas, y por otro, la no renuncia a la idea de progreso heredada del cristianismo pero ahora secularizada; por tanto, como se afirma en el iluminismo, la tierra es la patria del hombre y la ciencia es el medio eficaz para conquistarlo, emancipándonos tanto de la tradición cuanto de la autoridad, en cuyo caso se corrompe el concepto de democracia y se hace absoluta, trasmutándose en la democracia fundada en la absolutividad de la idea de igualdad; la sociedad, suma extrínseca de individuos, supone que aquella idea de progreso no sólo se inmanentiza y materializa, sino que es indefinida, expresión del cambio que, como decía Turgot se encamina hacia un reino futuro de dichosa igualdad, en el cual (anulada o relegada a la subjetividad la antigua religión sobrenatural) reinará la razón en el goce de los bienes temporales. Esta idea motor del progreso indefinido circula como la sangre en el mundo occidental y, sobre todo, en el actual imperio anglo-americano y en el mundo marxista, en el cual la idea de progreso se expresa en la dialéctica de la contradicción. Ambos colosos se sustentan en común en la idea de cambio en sentido progresivo y exclusivamente terreno, como último estrado de la versión actual de la ciudad del mundo⁵.”

Del capítulo 22 “Laicismo y secularización” (páginas 451-452)

“Tres objetivos políticos (del imperialismo estadounidense) que, en el contexto en que van a darse, se tornan al mismo tiempo religiosos: exportar el modelo universal de la democracia; exportar el principio según el cual todos los hombres son iguales y todos –eventualmente con la ayuda de Dios– pueden llegar a todo; y, además, que toda autoridad es algo nefasto y odioso en sí mismo, y si bien las instituciones (como el gobierno, el ejército, etc.) deben recurrir a ellas, no son sino males necesarios cuyas prerrogativas hay que limitar. Las comunidades que van a ocupar y colonizar América encarnan estos ideales, trasladando de lo religioso a lo político la conciencia de ser un pueblo elegido. George Washington lo afirma a su tiempo: “Los Estados Unidos son una nueva Jerusalén, designada por la Providencia para ser el teatro donde el hombre debe alcanzar su verdadera talla; donde la ciencia, la libertad, la felicidad y la gloria deben extenderse en paz.” Y John Adams los define como: “Una república pura y virtuosa cuyo destino es gobernar e introducir la perfección del hombre”. **La secularización alcanza, con los Estados Unidos, a transformar la esperanza religiosa en utopía política, con la ayuda del gnosticismo puritano.**”

Del capítulo 24 “Los diversos modelos de sociedad laicas en la modernidad” (página 474)

“El 11 de octubre de 1962, el **Papa Juan XXIII inaugura el Concilio Ecuménico Vaticano II con un discurso sereno y esperanzado**, donde quiere explicitar el principal objetivo que lo ha llevado a realizar esta convocatoria. Al mismo tiempo, se manifiesta en la palabra del Papa el inusual sentido dado al mismo (...) En definitiva, a pesar de la ausencia en el Concilio de tantos pastores de almas que sufren prisión o persecución en el régimen comunista, hecho que el Papa deplora, sin embargo, no menos cierto es que “no sin una grande esperanza y un gran solaz, vemos hoy que la Iglesia, finalmente libre de tantas trabas de orden profano como en otros tiempos sucedía, puede, desde esta Basílica Vaticana, hacer sentir, a través de nosotros, su voz llena de majestad y de grandeza.” Hay, por lo tanto, una

⁵ Caturelli, A., “El principio de inmanencia y el orden temporal”, en Verbo, n° 293-294, 1987.

toma de postura positiva frente al mundo. Se trata de custodiar y enseñar de modo cada vez más eficaz el sagrado depósito de la doctrina cristiana, para que, sirviéndose de ella, el Concilio pueda alcanzar los múltiples campos de la actividad humana referentes al individuo, a la familia, a la sociedad. Pero esta misión que el Papa impone al Concilio hay que llevarla a cabo cuidando que la Iglesia no se separe del patrimonio sagrado de la verdad recibida de los Padres; mirando al presente y considerando las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo moderno, “que han abierto nuevas rutas al apostolado católico”. Podemos decir que Juan XXIII, al inaugurar el Concilio con este discurso, inaugura también una actitud que impondrá un nuevo estilo a la Iglesia Conciliar para situarse frente al mundo. Del capítulo 28 “La cultura católica: de la condenación al diálogo con la modernidad” (página 575; 580)

“TERMINA la primera sesión del Concilio con un solemne acto de clausura (8-XII-1962), durante el cual Juan XXIII pronuncia un discurso. Allí vuelve a recalcar su esperanza para el logro de los grandes fines que él pretende y así sintetiza: “que la Iglesia, consolidada en la fe, confirmada en la esperanza, más ardiente en la caridad, reflorezca con un nuevo y juvenil vigor; defendida por santas instituciones, sea más enérgica y libre para propagar el reino de Cristo⁶”.

Del capítulo 29 “La cultura católica: fidelidad y renovación” (página 591)

“Otro hecho inusual: el Concilio se detiene más en el aspecto dichoso del hombre que en el desdichado. Su postura es, muy a conciencia, optimista. Por eso, antes que una condenación, vuelca hacia el mundo moderno una corriente de afecto y de admiración: “Ha reprobado los errores, sí, porque lo exige no menos la caridad de la verdad; pero para las personas, sólo invitación, respeto y amor. El Concilio ha enviado al mundo contemporáneo, en lugar de oprimentes diagnósticos, remedios alentadores; **en vez de funestos presagios, mensajes de esperanza: sus valores no sólo han sido respetados, sino honrados;** sostenidos sus incesantes esfuerzos; sus aspiraciones, purificadas y bendecidas⁷.” Por eso, reconoce al hombre una plenitud de derechos: “sus supremas aspiraciones a la cultura, a la renovación del orden social, a la honrada libertad, a la justicia, a la paz, han sido purificadas y estimuladas; y a todos los hombres se les ha dirigido la invitación pastoral y misional a la luz evangélica⁸”.

Del capítulo 29 “La cultura católica: fidelidad y renovación” (página 598)

“El tema clave pasa, al decir del Papa, por el modo de concebir la fe y presentarla al mundo contemporáneo. Algunos intentan responder al Concilio, “poniendo frecuentemente en tela de juicio algunas doctrinas fundamentales del catolicismo, declarando discutibles ciertas verdades definidas por la Iglesia, y reivindicando a la libertad de conciencia y a la inspiración del Espíritu Santo, el juicio arbitrario y personal sobre principios importantes y a veces constitucionales del pensamiento y de la disciplina eclesiásticas. Un cierto fervor crítico parece justificar esta inquietud espiritual y conferir una esperanza de renovación cristiana a la excitación intencional de un impaciente malestar frente a la norma tradicional de la vida católica y frente a las formas autorizadas que la recomiendan y la promueven⁹.” Las actitudes a asumir se inspiran en dos tipos de mentalidades post-conciliares: la de los que aguardan, llenos de confianza, el despertar primaveral de las energías espirituales de la Iglesia, y especialmente su misterio de unidad y caridad; y la de aquellos que pretenden del Concilio una revolución doctrinal e institucional.”

Del capítulo 29 “La cultura católica: fidelidad y renovación” (página 605)

“El tono dominante desde el cual el Concilio hace la indagación de la realidad, y desde donde surgirán después los documentos, decretos y declaraciones, está iluminado por la esperanza teologal.”

Del capítulo 30 “La cultura católica: diálogo y evangelización” (página 615)

“El Concilio Ecuménico Vaticano II se va a ocupar, entonces, del tema de la cultura, al que asigna una urgencia especial. Pero se trata de la cultura humana, es decir, la que resulta de cultivar los bienes naturales. Y considera el término “cultura” en su más amplia significación, es decir, volcado sobre la persona y la sociedad en su conjunto. La cultura humana, así entendida, lleva consigo un aspecto histórico y social; asume con frecuencia, entonces, un sentido sociológico y etnológico. Desde esta perspectiva el Concilio entiende que se puede

⁶ Discurso de clausura de la primera sesión (8-XII-1963), n° 19

⁷ Paulo VI, Alocución del 7-XII-1965, con la cual se clausura el Concilio, nro. 9.

⁸ Idem, nro. 10.

⁹ Pablo VI, Discurso en la audiencia general del 9-VIII-1967, cfr. L'Osservatore Romano (22-VIII-1967), n° 766.

hablar de pluralidad de culturas. Es esta cultura de la modernidad la que ha generado nuevos estilos de vida y, consecuentemente, un nuevo humanismo. La Iglesia, puesta en situación de diálogo, debe relacionarse con el proceso cultural del mundo de hoy, intentando acercar el Evangelio a esa cultura. Para ello, el Concilio, lejos de colocarse en actitud de condena y de interpelación, quiere hacerlo a modo de servicio y colaboración. Llama la atención sobre la situación del hombre en el mundo de hoy. Señala sus esperanzas y angustias, los cambios profundos que modifican el ambiente cultural y las maneras de pensar. Advierte sobre los cambios psicológicos, morales y religiosos, los desequilibrios que estos cambios producen, las aspiraciones más universales de la humanidad y los interrogantes más profundos del género humano. En ese contexto hay que establecer el diálogo, de modo que la Iglesia logre proponer a Cristo como camino y como meta.”

Del capítulo 30 “La cultura católica: diálogo y evangelización” (página 628)

“La vocación a la vida sobrenatural del hombre manifiesta la grandeza y el valor de la vida humana, “incluso en su fase temporal”. El hombre puede llegar a descubrir, no sin el influjo secreto de la gracia, el valor sagrado de la vida humana, inscripto en su corazón por la ley natural (Rom. 2, 14-15): “La Iglesia, escrutando asiduamente el misterio de la Redención, descubre con renovado asombro este valor y **se siente la llamada a anunciar a los hombres de todos los tiempos este “evangelio”, fuente de esperanza inquebrantable y de verdadera alegría para cada época de la historia.** El evangelio del amor de Dios al hombre, el evangelio de la dignidad de la persona y el evangelio de la vida son el único e indivisible evangelio. Por ello el hombre, el hombre viviente, constituye el camino primero y fundamental de la Iglesia”¹⁰.

Del capítulo 32 “La cultura católica en los umbrales del tercer milenio” (página 682)

“Frente al llamado “eclipse de lo sagrado”, se manifiesta una necesidad creciente de la experiencia religiosa. Es que “el hombre quiere realizarse plenamente. Se ha equivocado al creer que podía llegar a realizarse plenamente rechazando a Dios. Una visión secularista del mundo lo ha mutilado, encerrándolo en su inmanencia. “Sin el misterio la vida resulta irrespirable”, decía con razón Gabriel Marcel. La pretensión de organizar la sociedad con una racionalidad puramente tecnológica, la primacía del hedonismo individualista y la marginación de la dimensión religiosa de la cultura, han minado los cimientos mismos de la civilización¹¹.” No hay duda que en esta descripción de la sociedad contemporánea está retratado el “nuevo orden mundial”. De todos modos, **el Papa motiva a la esperanza.** Se trata de asumir el desafío de encontrar puntos de apoyo en esta nueva situación cultural y presentar el Evangelio como una buena nueva para las culturas, para el hombre, “artífice de cultura”: **“Dios no es el rival del hombre sino el garante de su libertad y la fuente de su felicidad. Dios hace crecer al hombre, dándole la guía de la fe, la fuerza de la esperanza y el fervor del amor”**¹².”

Del capítulo 33 “Epílogo: Cultura católica y adveniente cultura” (página 707 y 708)

“El desafío es otro, hay que implantar la Iglesia en la sociedad para que desde allí se pueda volver a forjar una cultura católica. Tienen que volver a soplar los nuevos aires del Espíritu para que desde allí se haga posible una “adveniente cultura”. La cultura no puede ser preparada o planificada. Simplemente aparece. Es el encuentro de la naturaleza con la impronta del hombre y su libertad, su movilidad, su espíritu. Las ciudades son el fruto más acabado de la cultura y, por eso, tampoco se sabe por qué se funda una ciudad. Las ciudades son, están, cambian o mueren como las culturas que las han fundado. Decía T. S. Eliot: “Uno debe comenzar dolorosamente de nuevo y no se puede instaurar una nueva cultura ya lista. Hay que esperar a que el pasto crezca para alimentar a las ovejas de las cuales se obtendrá la lana con la que se confeccionará el nuevo abrigo. Hay que vivir varios siglos de barbarie. No viviríamos para ver la nueva cultura, tampoco nuestros tataranietos. En caso de que viviéramos, ninguno de nosotros sería feliz en ella”¹³. Se trata, precisamente, de una “adveniente cultura”. La Iglesia no puede renunciar a este desafío. Tampoco se lo puede plantear como objetivo, y mucho menos programarlo o planificarlo. Se trata de una meta eschatológica. Se dará en el tiempo sin ser plenamente del tiempo. Porque lo que genera la “adveniente cultura”, desde lo católico, es una realidad invisible, intangible. La cultura en cuanto católica surge del Credo, y los contenidos del Credo, que son los contenidos del

¹⁰ Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, n° 1.

¹¹ Juan Pablo II, Discurso en el simposio organizado por el Pontificio Consejo para la Cultura y la Universidad Urbaniana (2-XII-1995).

¹² Idem.

¹³ Eliot, T. S., *La idea de una sociedad cristiana*; citado por Molnar, T., *La Iglesia peregrina de los tiempos*, edit. Gladius, Buenos Aires 1995, p.147.

Reino, son invisibles. La “adveniente cultura” debe comenzar por lo que no se ve para llegar a lo que se ve. Recién ahí es cultura. Mientras tanto hay que esperar, pero en el sentido teologal de la esperanza. El Concilio Ecuménico Vaticano II ha sido como un punto de llegada de la Iglesia peregrina. Un recalar en la historia después de veinte siglos de camino. El panorama que se abría a los ojos de los Padres Conciliares era francamente dramático y, al mismo tiempo, esperanzador. Así lo describía Pablo VI: “Un tiempo que cualquiera reconocerá como orientado a la conquista de la tierra más bien que al Reino de los Cielos; un tiempo en el que el olvido de Dios se hace habitual y parece, sin razón, sugerido por el progreso científico; un tiempo en el que el acto fundamental de la personalidad humana, más consciente de sí y de su libertad, tiende a pronunciarse a favor de la propia autonomía absoluta, desatándose de toda ley trascendente; un tiempo que el laicismo aparece como consecuencia legítima del pensamiento moderno y más alta filosofía de la ordenación temporal de la sociedad; un tiempo, además, en el cual las expresiones del espíritu alcanzan cumbres de irracionalidad y desolación; un tiempo, finalmente, que registra, aún en las grandes religiones étnicas del mundo, perturbaciones y decadencias jamás antes experimentadas”¹⁴. ¿Y dónde está entonces la esperanza? En que la Iglesia debe volver a emprender confiadamente su camino en el tiempo y en el mundo, “hacia la meta que está más allá de la tierra y más allá de los siglos”¹⁵.

Del capítulo 33 “Epílogo: Cultura católica y adveniente cultura” (página 714 y 715)

“hay que edificar (el Señor dijo “Yo edificaré”) espacios donde lo sacral vuelva a primar. Hay que oponer un espacio sacral desde donde se pueda recrear el ser, el bien, la verdad, la belleza. Algo así como un espacio hecho a la medida de lo humano, donde el misterio del Dios Encarnado haga posible la mentalidad y las aspiraciones del hombre. De allí surgirá la cultura como proyección del ser recreado desde su original verdad, bondad y belleza. Pero en el núcleo fundante no hay cultura. Hay la experiencia intangible del misterio de Dios revelado. La cultura viene después. Y el principio religioso organizador de ese espacio se debe manifestar no en lo cultural sino en lo cultural. ¿Qué otra cosa fue Belén sino el primer espacio donde se manifestó el misterio de Dios como signo cultural de salvación? “Y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc. 2, 12). El pesebre era lo primitivo, lo original, lo que no estaba profanado. Era el espacio virginal no contaminado para recibir a la Virgen y al Emanuel. La posada era la cultura expresada en la plenitud de los tiempos. Por eso no había allí lugar para ellos. La Iglesia, después, se hace posada para recoger al hombre herido y asaltado por los paganos y los bárbaros. Pero **el tema empezó en el pesebre, no en la posada. En el misterio, no en la cultura. Lo que también importa hoy, cuando el hombre, apartado de Dios parece alcanzar una cierta “plenitud” de su tiempo, es recrear un espacio para el Misterio. Primero en el corazón del creyente, porque si no hay “sujeto adveniente” no habrá “cultura adveniente”. Después en la familia, y luego en la Iglesia, como comunidad de fe, de amor, de esperanza.** Comunidades vivas donde los cristianos puedan acudir “asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones” (Hch. 2, 42). Donde la comunión impulse a la conversión, donde perseveren en un mismo espíritu, partiendo el pan por las casas y compartiendo sus cosas con sencillez y alegría. Donde alaben a Dios y aparezcan a los demás como extraños y a la vez simpáticos.”

Del capítulo 33 “Epílogo: Cultura católica y adveniente cultura” (página 716-718)

¹⁴ Pablo VI, alocución al Concilio del 7 de diciembre de 1965, Concilio Ecuménico Vaticano II, edic. BAC, Madrid 1966, p.825.

¹⁵ Pablo VI, alocución del 29 de septiembre de 1963, p.762.